

¡cuántas veces miró su clara lumbre  
y su inmenso, magnífico palacio,  
con honda fiebre de delirios llena,  
y altiva luego en la región serena  
halló estrecho á sus alas el espacio!

El porvenir oscuro  
ya se dibuja en velo trasparente,  
mostrando de tu gloria el brillo puro.  
Mas ¡ay! tu noble corazón en tanto,  
que á paso grave y lento  
mira llegar el próspero momento,  
en triste confusión devora el llanto,  
de amargas quejas inundando el viento,  
cuando á través del vagaroso giro  
de la súbita brisa placentera,  
recoges entre aromas mi suspiro,  
del Bétis exhalado en la ribera;  
cuando en brazos de fúlgida esperanza,  
ante el solemne abismo de los mares,  
oyes en lontananza  
leve rumor de plácidos cantares;  
cuando extasiado en la desierta orilla  
del cerúleo Titán, ves en el cielo  
suspendida la blanca nubecilla,  
feliz heraldo de tu noble anhelo,  
piensas mirar las torres eminentes  
que mil sueños de gloria te inspiraron,  
cuyas altas agujas esplendentes  
la morada de Dios te señalaron;  
piensas oír del pueblo que te adora  
la voz acongojada,  
del que en larga horfandad mísera llora

bajo el yugo feroz de innoble espada;  
y el eco clamoroso de sus ayes  
penetra en tí, te ciñe, te rodea,  
y la sangre que brotan sus heridas  
de tu pecho infantil también gotea;  
el aura entonces de la muerte zumba,  
y la España á tus ojos se aparece  
lívido aborto de gloriosa tumba.

Pálido su semblante,  
siniestras nubes en la noble frente,  
ora la vista airada y centellante,  
ora vaga, medrosa, indiferente;  
sobre rotos altares, sobre escombros,  
trémulo el pie resbala,  
y el manto que descende de sus hombros  
sólo el perfume del dolor exhala;  
destrenzada la luenga cabellera,  
á un fantasma traidor tiende los brazos;  
su espada, su broquel y su bandera  
ruedan en polvo vil hechas pedazos.

El sol de Covadonga milagroso  
despojos tristes de su veste alumbró;  
hoy de la Fama el canto poderoso  
sólo la imagen de su ayer encumbra.  
¡Oh Príncipe, fanal de la esperanza!  
Eres la blanca estrella que vislumbra  
mi ardiente fantasía;  
dejaste el suelo de la patria mía,  
y en su rico vergel se marchitaron  
los laureles de Otumba y de Pavía;  
los nobles restos de Colón temblaron;

sobre la verde alfombra  
 y el regalado lecho de sultana,  
 la ciudad de Boabdil miró la sombra  
 de la sangrienta luna musulmana  
 frente á su gran basilica cristiana;  
 las bellas flores que en su manto oscuro  
 de magestuosa grana,  
 con sangre de cien victimas teñido,  
 el Dos de Mayo funeral ostenta;  
 mueren al soplo impuro  
 del soberbio aquilón y la tormenta;  
 las ondas de Lepanto  
 mandan sólo suspiros á la Historia;  
 ¡ya no elevan á Dios robusto canto,  
 ya no rugen con himnos de victoria!

Con lágrimas de fuego  
 su muerte lloran, y al gemir te llaman  
 los fieles y esforzados españoles;  
 oye su amante ruego,  
 oye la dulce voz con que te aclaman.  
 Solos, en noche oscura,  
 por ásperos desiertos caminando,  
 sin paz y sin ventura,  
 van sus blasones por doquier pisando.  
 ¿Dó está la aurora rutilante y pura,  
 dónde el iris de paz y de bonanza,  
 que benigna la suerte les augura?  
 ¡Oh noble Alfonso, imán de nuestro anhelo!  
 ¿Siempre alzaré triunfante  
 su deforme cabeza  
 la vil traición, erguida y arrogante,  
 mancillando de España la nobleza,

y el monstruo del orgullo que gigante  
 quiere matar diez siglos de grandeza?

¡Ah! tú con fuerte mano  
 sabrás poner á los abismos freno  
 y templar el furor del Océano;  
 tú llevarás la nave,  
 hoy vil juguete de borrasca fiera,  
 en las alas del céfiro suave,  
 al dulce puerto, á la feliz ribera,  
 do el tierno halago de la paz le espera;  
 tú romperás los lazos  
 que al dócil pueblo sin cesar oprimen,  
 tendiendo amante los heróicos brazos  
 á los que en larga servidumbre gimen;  
 ese monstruo del Tártaro potente  
 ante tí rendirá su saña impía,  
 débil doblando la orgullosa frente,  
 que á la tierra y al cielo desafía;  
 tú llevarás del invencible Marte  
 el noble ardor, la lanza triunfadora,  
 mientras cubre la egida protectora  
 que Minerva solícita ha de darte  
 las ricas joyas y el florón del arte:  
 por tu ilustre bondad y tu denuedo  
 serás la imagen del valiente Alfonso  
 que alzó la Cruz en la imperial Toledo;  
 la llama portentosa;  
 rayo divino que á inflamar descende  
 el corazón inquieto del soldado;  
 la que brilló en las Navas y el Salado  
 arde en tu pecho y tu pupila enciende;  
 digno, sí, del monarca laureado

serás, del genio que con fe constante  
 el poema en los cielos escribía  
 de esta nación, coloso ya espirante  
 que en dos mundos ayer aun no cabía.  
 Por eso un grito de entusiasmo inmenso,  
 en ecos sonoros dilatado,  
 el puro azul de los espacios hiende:  
 es la ferviente voz del pueblo amado:  
 hoy, radiante de júbilo te llama,  
 cuando sus triunfos con dolor recuerda  
 y su inmortal renombre;  
 es un himno de amor que se derrama,  
 pronunciando tu nombre  
 á través de las nubes y del viento,  
 por la vasta región del firmamento.



*En el Album de las Señoritas*

D.<sup>a</sup> Cristina y D.<sup>a</sup> Maria de la Encarnación

DÍAZ BOLLA



*En el Album de la Señorita*

D.<sup>a</sup> Cristina y D.<sup>a</sup> Maria de la Encarnación

DÍAZ BOLLA

**L**A hermosísima diosa de Chipre  
lijera surcaba,  
de la mar trasparente las ondas  
en carro de nácar.

Y dejándose atrás las regiones  
que fueran su patria,  
vió brillar, como brilla el Olimpo,  
las costas de España.

A sus mansas palomas entonces  
la tierra señala  
con sus dedos de rosa, exclamando:  
«Volad á esas playas.»

Y en el puerto de Málaga bella  
después desembarca,  
y extasiada de gozo recorre  
sus calles y plazas.

Ya el recuerdo no guarda de Troya  
la reina del Asia,  
y de Esparta y Atenas olvida  
los templos y estátuas.

Luego al ver las hermosas doncellas  
que con sus miradas  
aquel mágico edén iluminan,  
atónita exclama:

«En mi bella, flexible cintura,  
no moran las gracias  
que de aquestas divinas mujeres  
jamás se separan.»

Y á los piés de Cristina y María  
las flores derrama  
que los ricos jardines de Pafos  
llenán de fragancia.

Amorosa pretende cubrirlas  
de olímpicas galas,  
y de mirtos que engendra su aliento  
las teje guirnaldas.

A sus cuellos de cisne, los brazos  
ebúrneos enlaza,  
y esa voz que á los dioses conmueve  
«mis hijas» las llama.

.....

Mas después la gentil Citerea  
advierte que en ambas  
han impreso su sello indeleble  
Minerva y Diana.



Romance



## ROMANCE

---

**D**E humilde lino vestida,  
llena de dulces encantos,  
cogiendo fragantes flores  
por los valles y los prados,  
va una joven candorosa  
de apenas diez y seis años.

Mirar su rostro en las fuentes  
y en los arroyuelos claros;  
perseguir las mariposas  
y los corderos nevados,  
y enlazar á su cabello  
las violetas y los nardos,  
son siempre sus diversiones  
y sus continuos trabajos.

Un viejo descolorido,  
desdeñoso, de aire vano,  
que con gran cuidado peina

los tristes restos escasos  
de su cabello, y parece  
cadáver embalsamado,  
esqueleto miserable  
envuelto en rico sudario;  
viejo que no tiene el noble  
carácter de los ancianos,  
á la joven se aproxima  
y vanidoso mostrando  
ricos trajes y aderezos,  
la dice:—Lirio del campo,  
bien merece tu hermosura  
un vestido de brocado.

—¡No me muestres esas galas!—  
gritó la niña temblando.

—¿Por qué?

—Porque ya presiento  
que han de hacerme mucho daño:  
esos diamantes fascinan,  
ciegan... No... de tus regalos  
nada admito. Si me vieses  
vestida con lujo tanto,  
los hombres arrancarían  
los diamantes de mis manos,  
y envidiosas las mujeres  
de mi pompa y mi boato,  
me negarían el nombre  
que aun más que mil vidas amo.  
—Tienes razón, ¡oh *Inocencia!*—  
una matrona llegando  
con prisa, dijo.—Rechaza  
esos pérfidos halagos  
del *Lujo*; cuida tus flores

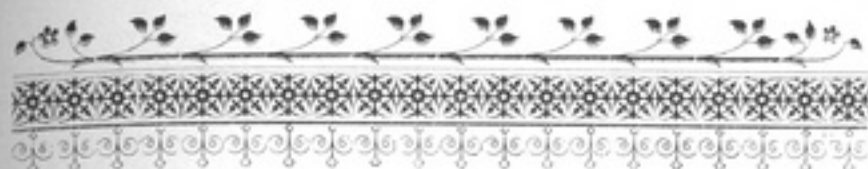
y desdeña esos brocados;  
pues en verdad, pesan mucho  
sobre el cuerpo fresco y blando  
de la cándida doncella  
moradora de los campos.  
Hoy te traerán ilusiones  
y mañana desengaños;  
y por esas viles joyas,  
¡me estremezco al contemplarlo!  
perdieras el dulce sueño,  
el delicioso descanso,  
separada de tus padres,  
maldiciendo á tus hermanos,  
y quizás no conservarás  
ni tu precioso recato!  
—¡Cielos!—dijo la doncella  
conmovida sollozando.—  
¿Quién sois?

—*La Sabiduría*,  
y la verdad va en mis labios.





A la Paz



## Á LA PAZ

**D**EIDAD bella, que entre aromas,  
desde la cumbre del cielo  
bajas, en puros fulgores  
el cándido rostro envuelto;

Gozoso yo te saludo  
de vivo entusiasmo lleno,  
que en tus manos la ventura  
de nuestra patria contemplo.

Cese del hórrido Marte  
para siempre el ronco estruendo,  
y el tronar de los cañones  
y el lucir de los aceros.

Los héroes cuyas hazañas  
hoy admira el universo,  
despójense ya tranquilos  
de militares arreos.